

Jean-Paul Sartre (1905-1980)

Por José Manuel GONZALEZ RODRIGUEZ (*)

1. EL HOMBRE

Es posible que desde las Confesiones de Rousseau nadie haya hablado de sí mismo de forma tan conmovedora como Sartre en «Les Mots» (1).

Su madre, Anne-Marie Schweitzer, se casó en 1904 con un oficial de marina, Jean-Baptiste Sartre, que murió muy pronto.

«La muerte de Jean-Baptiste fue el gran acontecimiento de mi vida: hizo que mi madre volviera a sus cadenas y a mí me dio la libertad.»

Gracias a la muerte de su padre, no tiene super ego, pero tampoco agresividad. Su complejo de Edipo es muy débil, ya que su madre era suya, sin que nadie le discutiera su tranquila posesión.

Fueron a vivir a Meudon, en las cercanías de París, con los abuelos maternos. Allí permaneció hasta los diez años «con un viejo y dos mujeres».

Las palabras, la literatura en su acepción más amplia, se le aparecieron desde sus primeros años como el camino para abordar y cambiar al mundo y a la historia, para construir, para vivir. Por otra parte, la lectura constituía para él el único medio para escapar de las personas mayores, para huir de su tremenda soledad.

En el cuadro familiar que nos pinta insuperablemente (burguesía provincial, con una rama católica y otra protestante), el descubrimiento de la literatura por el niño Sartre adquiere las dimensiones deslumbrantes del primer y decisivo enfrentamiento con lo que él intuye será su destino. «Empecé mi vida como sin duda la acabaré: en medio de los libros.» En el despacho de su abuelo había libros. Ya había encontrado su religión: nada le parecía más importante que un libro.

A pesar de su doble pertenencia confesional (protestante y católica), la religión no cuaja en él y se hace indiferente. Ello es explicable, porque el lento movimiento de descristianización, que había nacido en la alta burguesía volteriana y que había tardado un siglo en alcanzar a todas las capas de la sociedad, ya había tardado un siglo en alcanzar a todas las capas de la sociedad, ya había tocado su familia.

Jean-Paul era un niño bueno, dócil por condición, por gusto y por costumbre; sólo más tarde llegó a la rebelión por haber llevado la sumisión hasta el extremo.

Con problemas de adaptación, en medio de una infancia solitaria, excluido por los niños de su edad, Sartre descubrió muy pronto el sentimiento que él ha dado en llamar su «bâtardise», el sentirse de más. «Me sentía de más, luego tenía que desaparecer; cuanto más absurda es la vida más soportable es la muerte.»

Su abuelo, Charles Schweitzer, fascinado por la lengua francesa aún a los setenta años, porque la había aprendido con dificultad y no le pertenecía del todo, salvó al niño Sartre lanzándolo hacia la actividad literaria. Pero como la literatura no daba para comer, debería elegir una segunda profesión. El profesorado dejaba tiempo libre y, por otra parte, ambas actividades se complementaban.

En 1924 ingresó en la Escuela Normal, y tras obtener la cátedra de Filosofía (1929), se dedicó a la docencia, primero en El Havre y posteriormente en París, hasta que en 1945 renunció a la enseñanza. De esta época data su importante unión con Simone de Beauvoir, compañera de oposiciones, que también abandonó la docencia en 1943.

Ferozmente decidido desde un principio a ser un hombre libre, Sartre supo mantenerse apartado de todo lo que le pudiese encadenar. Ni se casó, ni quiso jamás adquirir propiedad alguna. Siempre gastó el dinero tan pronto como lo ganaba. Pasó su vida adulta en una serie de habitaciones de hotel en las que no había nada suyo.

Hombre activo. Comía y bebía copiosamente. Fumaba en exceso. No le importaba nada el pasado, sino que siempre pensaba en el futuro. Se caracterizó por su enorme generosidad. Lo daba todo: su dinero, su tiempo y su persona. Siempre estaba dispuesto a interesarse por los demás sin pedir nada a cambio.



2. EL FILOSOFO: EXISTENCIALISMO Y MARXISMO

En su ensayo «L'existentialisme est un humanisme» (2), Sartre presenta al existencialismo como un humanismo del compromiso, haciendo al mismo tiempo un llamamiento al marxismo para que se sepa desprender de todo dogmatismo.

Pero es, sobre todo, en su obra «Questions de Méthode» (3) donde Sartre afronta de un modo directo las relaciones entre existencialismo y marxismo.

A pesar de que frente al marxismo el existencialismo no

(*) Profesor Agregado de Francés del IB de Sotondio. Oviedo.

(2) Nagel, París, 1946. Se trata, en realidad, de una conferencia y en ella expone Sartre su doctrina filosófica de forma bastante accesible.

(3) Gallimard, París, 1957. Su título originario era precisamente «Existentialisme et marxisme». De esta obra están tomadas las frases entrecorilladas.

(1) Gallimard, París, 1964. Se trata de una pequeña obra donde Sartre analiza su propia infancia con una implacable autocrítica. De ella están tomadas las frases entrecorilladas de este primer apartado.

es más que una ideología, ya que Kierkegaard, padre del existencialismo, fue simplemente un ideólogo, porque se movió «en un campo cultural completamente controlado por el hegelianismo, que fue la más amplia totalización filosófica»; sin embargo, el existencialismo profesado por Sartre, «que se ha desarrollado al margen del marxismo y no contra él», sigue conservando su autonomía y validez, porque el marxismo, entretanto, se había detenido. Teoría y praxis se habían escindido en él, dando lugar, por una parte, a un Saber puro e inmodificable y, por otra, a un empirismo carente de principios.

La detención del marxismo ha determinado su transformación en un «voluntarismo idealista», en el que las operaciones de análisis han quedado reducidas a un simple ritual. Nos encontramos, pues, ante un Saber marxista fossilizado en conceptos y sordo ante los hechos.

Pero esta esclerosis del marxismo no es un envejecimiento natural, sino el producto de una situación histórica particular; «lejos de estar agotado, el marxismo es todavía muy joven, se halla todavía casi en la infancia; a duras penas ha comenzado a desarrollarse. Continúa siendo, pues, la filosofía de nuestro tiempo y es insuperable porque las circunstancias que la han engendrado todavía no han sido superadas».

La tarea de la filosofía hoy consiste en «reconquistar al hombre en el interior del marxismo». Y la reducción del marxismo a su vocación de humanismo concreto y universal sólo puede ser obra del existencialismo.

Al existencialismo le incumbe, pues, la tarea de reconducir el marxismo a su auténtico fundamento antropológico. Y una vez cumplida su misión, el existencialismo está llamado a disolverse en el marxismo: «a partir del día en que el marxismo asuma su dimensión humana (esto es, el proyecto existencial) como fundamento antropológico, el existencialismo no tendrá ya razón de ser: será absorbido, superado y conservado por el movimiento totalizador de la filosofía».

Resulta bastante claro que —según Sartre— el existencialismo se disolverá en el marxismo sólo el día en que el marxismo se piense a sí mismo como existencialismo.

Sintetizando el pensamiento sartriano:

- el humanismo restringido de la concepción burguesa ha de ser sustituido por un humanismo universal;
- dicha sustitución sólo será posible si los medios de producción pueden ser sustraídos a una clase para ser puestos a disposición de la colectividad entera;
- y esta operación política no puede realizarse más que sobre la base de una ideología que asuma como fundamento propio la antropología existencialista.

Antes de dar por terminado este apartado, hemos de decir que Sartre, en el marco de su irresistible admiración por la filosofía marxista, y de acuerdo con la Tesis XI sobre Feuerbach, se propuso deliberadamente cambiar el mundo en vez de limitarse a contemplarlo. Eso es lo que vamos a ver a continuación.

3. ACTIVIDAD LITERARIA Y POLITICA: «EL COMPROMISO»

En un primer tiempo, Sartre trataba de no comprometerse en la vida, y no se interesaba en absoluto por la política. Su evolución comenzó poco antes de la guerra, y maduró en la trinchera y en el campo de concentración, donde pasó nueve meses. El contacto con los compañeros, primero en la trinchera, después del campo de concentración, se convierte en un descubrimiento de los hombres diferente por completo de aquel mediatizado por la cultura. Estas experiencias vividas le hacen descubrir la SOLIDARIDAD. A partir de aquí el paso a la política resulta natural y lógico. Tras conseguir evadirse del campo de concentración y entrar en París, se da cuenta rápidamente de que toda forma de inserción en la

resistencia pasa a través de quien maneja las estructuras principalmente del Partido Comunista. Su relación con el P. C. francés no resultó nada fácil, sino más bien complicada, con combates abiertos y treguas reticentes.

Coherentemente con su toma de posición política, Sartre transforma hasta la misma noción de literatura, de tal modo que su programa de «littérature engagée» es considerado por muchos como un auténtico crimen contra la literatura.

En el otoño de 1945 comenzó a publicar la revista «Les Temps Modernes» (4), en cuya presentación al público se dice textualmente: «Nosotros no queremos perder nada de nuestro tiempo; tal vez los hubo mejores, pero éste es el "nuestro". No tenemos más que "esta" vida para vivir, en medio de "esta" guerra, tal vez de "esta" revolución.» «Nuestra revista se consagrará a defender la autonomía y los derechos de la persona y al estudio de los problemas concretos de la actualidad.»

En 1947 publica su ensayo «Qu'est-ce que la littérature?» (5), en el que expone con toda claridad sus ideas sobre EL COMPROMISO: «El escritor debe comprometerse por completo en sus obras, con una voluntad decidida y con una elección, como esa empresa total de vivir que somos cada uno.» El escritor habla a sus contemporáneos, a sus compatriotas, a sus hermanos de raza o de clase. «El escritor, de grado o no, queda comprometido. No es ni una Vestal ni un Ariel. Está marcado y comprometido, haga lo que haga, hasta en su retiro más recóndito.»

Aunque sin adherirse incondicionalmente a la doctrina de ningún partido, Sartre desarrolló una importante actividad política, elevando repetidamente su voz en defensa de un ideal de democracia y libertad. Tuvo el valor de luchar contra el anticomunismo sistemático (6) y de colocarse al lado de la URSS cuando era peligroso hacerlo, pero tuvo más valor todavía para retractarse públicamente cuando estimó que se había equivocado. Luchó o protestó contra la ocupación alemana, contra la segregación racial, contra la guerra de Corea, contra la represión de Budapest, contra el bloqueo de Cuba, contra la guerra de Vietnam, contra la ocupación de Checoslovaquia... El mayo francés de 1968 le ofrece la posibilidad de reintegrarse a la política activa. Y hélo aquí, de nuevo, comprometido a fondo. Es el Sartre de la militancia maoísta, de «La Cause de Peuple», de «Libération», de las actitudes de protesta escandalosa contra el poder (7).

Son precisamente estas actitudes las que nos dan la medida de su autor como intelectual comprometido, de acuerdo con su propia idea de compromiso. Solicitado por las múltiples ocasiones de la política internacional o francesa, por la polémica periodística o la actividad literaria, Sartre no vacila en precipitarse en lo más reñido del combate, en tomar posiciones, en sumergirse hasta el cuello, en una palabra: en COMPROMETERSE.

La praxis específica, concreta, cotidiana y comprometedora, es lo que caracteriza a Sartre inconfundiblemente respecto de otros intelectuales de izquierda, que se conformaron con una mera adhesión que los eximía de la acción directa.

A modo de síntesis y para concluir, hemos de decir que, en un primer momento, Sartre consideraba que había nacido para escribir y para justificar su existencia había hecho de la literatura un absoluto. Más tarde quiso mostrar al mundo cómo un hombre puede pasar de la literatura —considerada como algo sagrado— a la acción sin dejar de ser un intelectual.

(4) Junto con Merleau-Ponty, Aron, Puillon, Leiris, Paulhan, Ollivier y Simone de Beauvoir.

(5) Éditions Gallimard, París.

(6) «Nekrassov», Gallimard, París, 1956.

(7) Jean Genet lo calificó de «génial emmerdeur de la bourgeoisie».